

LA CUESTIÓN INDÍGENA REVISITADA¹

Comenzaré por destacar que en términos generales se trata de un texto robusto no sólo en tamaño, sino también en ideas. *Encrucijadas chiapanecas* es el resultado de diversas investigaciones que su autor ha realizado sobre la región de Chiapas en los últimos quince años. Sin duda los acontecimientos de enero de 1994 en San Cristóbal de Las Casas son la ocasión y el motivo para que esta colección de ensayos y recuentos quede enmarcada por una voluntad expresa de polemizar. Esta motivación se advierte desde sus primeras páginas, en particular en las “Consideraciones preliminares” y en las “Reflexiones finales”. El cuerpo central está estructurado por ocho ensayos ordenados en tres capítulos (“Orígenes del modelo económico”, “La cuestión religiosa” y “La construcción de identidades”) que agrupan investigaciones sobre temas de economía, religión e identidades en la historia y antropología de Chiapas. Como considero que las contribuciones de este libro están enmarcadas también por una reflexión sobre las encrucijadas actuales de la ciencia histórica, concentraré en especial mis observaciones en ese terreno.

¹ Sobre el libro de Juan Pedro VIQUEIRA: *Encrucijadas chiapanecas. Economía, religión e identidades*. México: Tusquets-El Colegio de México, 2002, 527 pp. ISBN 968-12-1077-8.

En la escritura de los textos se advierte la tensión propia de un historiador que, como él mismo señala, se encuentra en medio de “la tormenta chiapaneca”. Por eso define a su trabajo como de “intrahistoria”, según término acuñado por Miguel de Unamuno. En cierto modo hace suyo uno de los postulados básicos de la neohermenéutica en el sentido de que la historia no pertenece a los individuos, sino que más bien éstos le pertenecen a ella.² Así, Viqueira escribe sus historias como parte de la historia y los conflictos de Chiapas. Desde ese lugar polemiza básicamente con dos posiciones del entramado político e intelectual de la región: la razón ideológica y la profética relacionadas con la cuestión de los indígenas. Les hace frente a partir de lo que él denomina la lógica de la investigación científica. Su objetivo principal es socavar los imaginarios o representaciones contruidos sobre Chiapas que conforman en conjunto una serie de prejuicios que obstaculizan un entendimiento adecuado entre los habitantes del área para construir un futuro mejor.

El deber de los científicos sociales [nos dice al final del libro] es el de exorcizar el pasado, dándolo a conocer en toda su complejidad, con el fin de liberar a los hombres de sus fantasmas, poniéndolos ante la responsabilidad ineludible de construir el futuro (p. 412).

Por esa razón el lector encontrará en sus páginas textos jalonados por los imperativos del presente al lado de otros de corte más erudito, siempre orientados por la voluntad de entender críticamente la complejidad de la formación económica y cultural de Chiapas.

Al situarse dentro de las historias que narra el historiador se ve obligado a explicar la perspectiva desde donde ve lo que ve. El ángulo de su visión se hace patente en las consideraciones polémicas iniciales, pero aún más en sus reflexiones fina-

² El texto de Hans BLUMENBERG: *Las realidades en que vivimos*. Barcelona: Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona-Instituto de Ciencias de la Educación.

les, en las que recapitula su experiencia como historiador y nos ofrece de manera muy personal y comprometida una teoría histórica que su autor denomina “teoría y práctica de los desfases. Una historia en construcción”.

La formulación de su propuesta se mueve fundamentalmente en dos niveles: por un lado, frente al mundo de los políticos o de los discursos ocupados primordialmente del presente y, por el otro, frente al de los académicos o científicos sociales ocupados del pasado. Las observaciones críticas de Viqueira se orientan entonces en lo esencial a intentar desarticular tanto histórica como conceptualmente algunos de los estereotipos culturales de lo indígena que no ayudan en la comprensión de la historia y la solución de los problemas actuales de Chiapas. Se refiere sobre todo al problema englobado en la “esencialización de los sujetos colectivos” que fomenta

[...] rencores y odios ancestrales, apelando a agravios [sin duda a menudo muy reales] que padecieron y provocaron personas desaparecidas largo tiempo antes [...] Se pretende, entonces, hacer asumir responsabilidades colectivas a personas que nada tienen que ver con los hechos imputados. La historia (esencializada), en vez de dar lugar a una catarsis colectiva que permita a las personas arrancarse del pasado para enfrentar con mejores armas el futuro, se transforma en un eterno lamento por las desgracias del ayer, al cual se le achacan todos los males del presente [...] cerrando el paso a la construcción de nuevas formas de relación social entre personas de orígenes diversos (p. 396).

En ese sentido, dentro del espíritu de Marc Bloch,³ los estudios de Viqueira son ante todo una defensa de la historia simultáneamente comprometida con el tiempo presente y abierta a dejar ver la historicidad cambiante tanto de los sujetos observados como del mismo observador. Su perspectiva metodológica consistiría entonces, nos dice, en

³ MARC BLOCH: *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

[...] mostrar los desfases que se producen entre las distintas formas de aparecer del sujeto de la narración a lo largo y ancho de la historia, del espacio, de las escalas sociales y de las diversidades culturales. Se trata de poner en evidencia la imposibilidad de todo sujeto de coincidir con él mismo (p. 396).

La tesis esgrimida por Viqueira a lo largo del libro aparentemente podría caer en la siguiente obviedad: los “indígenas” son seres humanos como cualquier otro, sujetos a transformación y adaptación social. Sin embargo la cuestión se torna relevante cuando se intenta superar los estereotipos esencialistas que suelen dominar en las narraciones históricas. Por esa razón, tal “obviedad” contiene una gran tensión emotiva y conceptual si se le ubica en el contexto en el que emerge: el de la historia de Chiapas y el de la nación mexicana dominadas por el prejuicio racial—reforzado por la etnografía— que intentan ofrecer representaciones integrales del complejo indio en síntesis unívocas, sin fisuras, y hasta simplonas. Así, frente a las representaciones inertes del indio, Viqueira opta por mostrar los desencuentros del indio con la nación mexicana, pero también entre la mirada de los expertos y la del indio observado. No se trata de un trabajo de denuncia social sino de la propuesta de una nueva manera de hacer historia “en construcción”.

La noción de desfase utilizada por Viqueira enfatiza la idea de la no coincidencia o no simultaneidad de lo simultáneo. Constituida en una perspectiva conceptual que hace intervenir tanto la dimensión sincrónica como la diacrónica (denominada por su autor “variante cronotopológica”), el cometido se tendría que plasmar en narraciones más complejas, “que partiendo de hilos de distintos colores terminen por hacer aparecer insólitos dibujos, resultado de la creatividad humana” (p. 403). Con este “método” se intenta hacer “una contribución a una historiografía consciente de su carácter de conocimiento construido” y al mismo tiempo “que dé cuenta de una sociedad concebida como una construcción histórica” (p. 403). Por medio de este procedimiento se podrían enfrentar experiencias trágicas al dejar ver que “las naciones y las etnias no son esencias intemporales a las que

debamos sacrificarnos (y menos aún sacrificar a otros), sino construcciones históricas cambiantes [...]” (p. 412). Si la vía es adecuada, entonces Viqueira sostiene que la noción de “etnia—en tanto unidad de lengua, historia y cultura— resulta [...] totalmente inoperante para narrar el pasado y describir las formas de vida actuales de los indígenas de Chiapas” (p. 409).

Si interpreto correctamente el método de los desfases propuesto por Viqueira me parece que lo que está a discusión es el principio de identidad o de no contradicción que ha tendido a articular la comprensión histórica en las sociedades modernas. Se renunciaría con ello a una comprensión de la realidad histórica como si se tratara de una mera suma de las partes dentro de un todo. Su lugar sería ocupado por el principio de la diferencia como dispositivo heurístico privilegiado para emprender cualquier tipo de investigación histórica. Así podría revelarse que incluso al interior del mundo indígena existe mayor diversidad cultural que la que se ha tendido a mostrar en los estudios históricos y etnográficos. Otra de las implicaciones atiende a la necesidad de abandonar la noción de etnia para darle mayor importancia a la de “región” o espacio en el que interactúan diversos grupos. De esa manera la identificación de los procesos sociales exclusivamente en términos étnicos tendería a perder peso. De hecho, en las investigaciones recogidas en este libro se dispensa una atención especial a la noción de región entendida como espacio de frontera en la cual los diversos grupos han conformado y conforman históricamente sus identidades.

No obstante, el “método de los desfases” plantea la cuestión de cómo explicar la presencia del pasado en el presente, o de cómo razonar en torno a las aparentes líneas de continuidad entre eventos sucedidos hace tres siglos y otros que están sucediendo en el presente. Por ejemplo, Viqueira constata que la región en la que se concentran hoy la mayoría de los grupos de la rebelión neozapatista coincide, aunque sea parcialmente, con la de los grupos que integraron la rebelión de 1712 (de la cual se nos detalla en el cap. II.2: “¿Qué había detrás del petate de la ermita de Cancuc?”). Asimismo quienes

se mantuvieron al margen del levantamiento de 1712 se corresponden en parte con la población ladina actual. Frente al problema de cómo entender dos eventos de naturaleza distinta y distantes en el tiempo aunque relacionables espacialmente, Viqueira acierta a decir que el método de los desfases se orienta a descubrir las anomalías o las excepciones dentro de las regularidades (coincidencias en los mapas); o, si se quiere, la diferencia específica dentro del género “rebelión”. Se trata, dice, de confrontar por medio de la investigación histórica “el modelo con la realidad” (pp. 399-401). Esta aspiración concuerda con quienes sostendrían que una de las funciones críticas de la historiografía consiste en poner a prueba los modelos generales de explicación sociológica.⁴

Yo me preguntaría todavía si al reconocer que el pasado no está al lado sino dentro del presente, se requeriría desarrollar un poco más los métodos de explicación histórica y de exposición narrativa. Sin duda es fascinante descubrir que los grupos que participaron en una rebelión hace tres siglos son los ancestros de los protagonistas de la rebelión reciente de 1994. ¿Significa tal cosa que la historia se repite o que no se ha movido desde entonces en esa región?, lo cual podría dar razón a ciertas posturas “esencialistas” con las que Viqueira antagoniza; ¿o más bien se trata de algo más profundo que engloba a la modernidad como proyecto social e histórico?

En este punto coincido plenamente con el autor en que su aproximación a las “encrucijadas chiapanecas” abre más preguntas que respuestas (p. 400). Es evidente que en este enfoque el tratamiento de la constitución histórica de las identidades sociales no se circunscribe al campo de las ideas y creencias, sino que incluye también los factores económicos y políticos. Por esa razón no se puede pasar por alto fácilmente las variaciones en las relaciones de dominación que han podido ocurrir entre 1712-1994. Pero si después de un levantamiento topográfico de archivos y materiales se advierte que

⁴ Véase el inciso “Hacer resaltar las diferencias: desviaciones del modelo”, en Michel de CERTEAU: *La escritura de la historia*. Traducción de Jorge López Moctezuma. México: Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 90-93.

los mismos grupos, que en realidad son otros, siguen ahí, el analista se obliga a arrojar un tipo de explicación histórica distinta de las acostumbradas, basadas generalmente, en una relación de causas y efectos progresivas, ascendentes, pues lo que se manifiesta es que bajo la superficie del presente, siempre en movimiento, se oculta el pasado, no como una materia inerte, sino activa, situación que exige otra clase de elucidaciones.

Las explicaciones que se nos ofrecen en este trabajo pueden debatirse, estar de acuerdo o no con ellas, pero lo cierto es que se trata de un intento muy serio y responsable de salir de la cárcel del positivismo o de no caer en los devaneos nominalistas de lo que él llama corriente “posmoderna”. Aunque quizá hubiera sido conveniente precisar con algunos nombres y señas, autores que caerían dentro de esas denominaciones, pues pienso que cuando se intenta escapar de las insuficiencias de una filosofía basada en la idea de progreso fundada exclusivamente en sus logros técnicos y materiales, se cae necesariamente en la problemática de cómo volver a pensar la modernidad —de manera más radical— sin esquivar los factores culturales e históricos. Pues lo que se pone en evidencia —como lo señala Viqueira evocando a Benedetto Croce— es que el pasado no está fuera sino dentro del presente.

En ese sentido todo lo actual parece estar nutriéndose siempre del pasado. En relación con esta consideración me encontré con un pasaje de un texto del jurista e historiador Toribio Esquivel Obregón (1864-1946) sobre la cuestión del indio en México. En sus líneas aparece la paradoja inscrita en una de las fórmulas utilizadas por Viqueira cuando se refiere a las “Viejas ideas nuevas” (p. 379). Esquivel Obregón escribió lo siguiente:

Lo que se ve en la superficie de nuestra historia, la acción aparatosa de fuerzas teatrales que obran rápidamente, es la dominación de los indios por la audacia de los españoles. Lo que no se ve es la acción de fuerzas infinitesimales, capilares, ocultas, que realmente gobiernan al mundo físico y social; y esa acción, que el historiador no narra porque muchas veces no la

entiende, es lo que hay de real en nuestra vida, es la imperceptible conquista del blanco por el indio, y es espectáculo digno del estadista pensador ver cómo la cultura india se esconde detrás de las formas de la civilización moderna.⁵

Después de leer *Encrucijadas chiapanecas* la impresión que se tiene es que en sus páginas están sembradas principalmente dos inquietudes: la primera sobre el carácter del "método" y la segunda sobre el objeto de estudio, la primera relacionada atinadamente con la idea del historiador como traductor (p. 384) y la segunda con la cuestión acerca de qué hacer con el vocablo indígena.

Así como el historiador es un traductor de culturas y prácticas asociadas con el pasado realizada en los términos del presente, del mismo modo los individuos y los grupos sociales crean, construyen sus identidades traduciendo lenguajes ajenos en términos de los propios. Es un proceso que siempre está en marcha y que no se sabe con exactitud dónde empieza y dónde termina. Es indiferente a cualquier grupo social. Este principio metódico es el que permite desesencializar la historia de los grupos indígenas para verlos como parte de una misma historia, recordando a Ortega cuando señaló que los seres humanos no tenían naturaleza, sino historia.⁶

En cuanto al segundo aspecto la propuesta de Viqueira se constituye en un programa de investigación a desarrollar relacionado con el uso de la palabra indígena generalizada a partir del siglo XIX. En su trabajo se ha referido a la construcción cultural del indio en el periodo colonial y al proceso de reindianización en los siglos XIX y XX (cap. III.1 y 2: "Ladinización y reindianización en la historia de Chiapas" y "Mestizaje, aculturación y ladinización en dos regiones de Chiapas"). A partir de su planteamiento, que sitúa

⁵ Toribio ESQUIVEL OBREGÓN: "El indio en la historia de México", citado por Carlos A. ECHANOVE TRUJILLO: *Diccionario de Sociología*. México: Jus, 1976, p. 248.

⁶ José ORTEGA Y GASSET: *Historia como sistema*. Madrid: Revista de Occidente, 1975, p. 61.

la cuestión indígena dentro de los parámetros más generales de la "condición humana", ¿no convendría pensar en la posibilidad de desindianizar al indígena mexicano? Al menos de este estudio se deriva la necesidad de reconceptualizar el problema indígena como parte de la agenda política y académica nacional. Dicho así se ponen en juego múltiples instituciones e intereses fabricados meticulosamente en la modernidad para atacar la cuestión indígena. Pero si la empresa tiene que ver con la superación del prejuicio racial y los impulsos modernizadores a ultranza, entonces parece imponerse una necesaria reconceptualización de lo indígena que implica decir adiós a varios de los axiomas "científicos" fabricados en el siglo antepasado.

Guillermo ZERMEÑO
El Colegio de México